

El culto y el servicio

Frank Binford HOLE

biblicom.org

Índice

1 - Hablando de culto, ¿habla usted de su forma de culto en relación con la de los demás?	6
2 - ¿Existe una diferencia tan grande entre el culto y el servicio? ¿No deberíamos adorar a Dios cuando hacemos un servicio?	7
3 - ¿El culto y el servicio son el privilegio de una clase particular o pueden participar todos los cristianos?	7
4 - ¿Se requieren algunas cualidades especiales para que se pueda adorar o servir a Dios apropiadamente?	8
5 - ¿Qué aconsejar a una persona recién convertida que desea servir al Señor?	9

El cristianismo práctico es la combinación equilibrada de los lados pasivo y activo de la vida divina en el alma. Todo cristiano es necesariamente alguien que recibe, no solo en el momento de la conversión, sino a lo largo de su carrera. Debe sentarse diariamente a los pies de Jesús y escuchar su Palabra ([Lucas 10:39](#)), cultivando esa pasividad tranquila del alma que asegura un estado receptivo. De lo contrario, no tiene nada que transmitir.

Por otro lado, habiendo recibido, se ve obligado a dar. ¿Se regocija en el conocimiento del perdón de los pecados? Su alegría no será completa hasta que haya anunciado a alguien la noticia. ¿Ha descubierto una nueva verdad en las Escrituras? No será realmente suya hasta que no haya actuado en consecuencia. Para poseer una verdad, hay que practicarla.

Las dos cosas van de la mano. Un cristiano es como un recipiente con una entrada y una salida. Si está demasiado cautivado por las actividades cristianas hasta el punto de buscar siempre dar sin pararse para recibir, el resultado será el vacío espiritual y la bancarrota. Si se hunde en el misticismo, criticando todas las formas de actividad cristiana con el pretexto de ser celoso en la búsqueda de la verdad divina, se producirá una obesidad espiritual, seguida de una gran pérdida.

«Al que no tiene, aun aquello que tiene le será quitado» ([Mat. 25:29](#)) fue dicho del sirvo que *recibió* un talento, pero no lo dio para fructificar.

Como dice un cántico de origen desconocido:

*«Porque debemos compartir si queremos guardar
Esa cosa buena de arriba;
Dejando de dar, dejamos de tener,
Tal es la ley del amor».*

Todas las actividades cristianas fluyen de una fuente: *el amor*, el amor de Dios conocido y producido en el alma. Se dividen en dos categorías. Hay actividades que tienen como objeto y fin solo a Dios, y hay otras que, aunque la gloria de Dios sea su fin, tienen al hombre como objeto inmediato.

Consideremos brevemente estas dos categorías.

El culto es lo primero. Es una actividad espiritual que tiene a Dios como único objeto y fin, y por lo tanto no confiere ningún beneficio tangible a nadie en el mundo. Por eso, en este siglo en el que todo debe tener una utilidad, está muy descuidado y su

verdadero carácter es poco comprendido. Que los cristianos, ya sean numerosos o no, se reúnan a sabiendas en la presencia de Dios y viertan sus corazones en acciones de gracias y en adoración, y pronto serán criticados por muchos que dirán: «¿Por qué desperdiciar este perfume?» Se les dirá que vayan y hagan algo que procure bienestar para alguien, y dejen lo que no hace bien a nadie.

Pero las cosas van más allá de eso. Muchos de los llamados siervos de Cristo piensan tanto en las *cosas terrenales* (Fil. 3:19), que ya no piensan en las *cosas de arriba* que el creyente está invitado a buscar (Col. 3:1). Su propósito se limita a la prosperidad material de los hombres. ¡En qué lamentable declive espiritual han caído, como se evidencia en sus actividades!

Aquí hay un ejemplo evidente: Un artículo en una revista americana describe cómo una iglesia puede ser *administrada* para que toda la comunidad se beneficie.

«Dando a la gente una formación musical, desarrollando oradores y atletas, comenzando “clases bíblicas –amenizadas con entretenimientos” y haciendo de la iglesia un centro social, el escritor ha creado un nuevo espíritu comunitario que tiene como resultado el aumento de los valores naturales».

Tales actividades no son ni un culto ni un servicio. No hay nada para Dios o para el bien espiritual del hombre. Tales «siervos» e «iglesias» deben haber olvidado hace tiempo lo que significa la palabra «culto» si es que alguna vez la han conocido.

¿Qué es el culto? En el Antiguo Testamento, el término es frecuente y a menudo se utiliza en un sentido puramente ceremonial. La palabra hebrea más frecuentemente utilizada significa literalmente «inclinarse». En el Nuevo Testamento, la palabra tiene un significado moral y espiritual; indica un impulso de adoración, del creyente hacia Dios ahora conocido como Padre, por amor.

En Juan 4, el Señor Jesús, hablando con la mujer samaritana, distingue cuidadosamente los «verdaderos adoradores» de los adoradores según los ritos antiguos, ya sea en Jerusalén o en Samaria, y nos enseña los elementos esenciales de la verdadera adoración. Después de hablar *del Padre* como objeto de culto, añade: «Dios es Espíritu; y los que lo adoran, deben adorarlo en espíritu y en verdad» (v. 24).

Estas palabras muestran claramente que es a Dios *como Padre* a quien debemos adorar. Además, debe ser adorado de acuerdo con lo que ha revelado sobre sí mismo.

«*En espíritu*». La verdadera adoración no es, por lo tanto, una cuestión de emociones religiosas despertadas por una música ritual o sensual que impresione. *El*

espíritu es la parte más elevada del hombre, y si no adoramos en espíritu, no adoramos en absoluto.

«**En verdad**». ¿Qué es la verdad? Podemos responder a la famosa pregunta de Pilato. La verdad, es lo que Dios ha revelado ser Él mismo; son las realidades del mismo Dios. Aquel que, coronado de espinas ese día, estaba de pie en la sala del tribunal, era él mismo la verdad, aunque Pilato no lo sabía ni le importaba saberlo. Él y solo él podría decir, «Yo soy... la verdad» (Juan 14:6), porque solo él es la revelación perfecta de Dios y es como Padre que lo reveló. Por eso dijo: «El que me ha visto, ha visto al Padre» (Juan 14:9).

Así que el Padre debe ser adorado «en verdad», a la luz de la revelación que nos ha llegado en Cristo. Cualquier cosa que no le dé al Padre el lugar que le corresponde no es una verdadera adoración. Adorar a Dios y regocijarse en Cristo Jesús van de la mano (Fil. 3:3). Durante la Cena, las oraciones son habitualmente dirigidas al Señor. Generalmente, se adora y se ora al Padre en el nombre de Jesucristo (véase Juan 14:13).

Todo esto es de gran importancia. La verdadera adoración debe entenderse realmente como «en espíritu» para liberarse del ritualismo que supone que se puede adorar a Dios por lo que hacen los hombres, que creen que cuanto más grande sea la ceremonia, más bello es el entorno, más aceptable será la «adoración».

Por otra parte, comprender que solo la adoración «en verdad» es aceptable para Dios, expulsará el racionalismo que supone que la luz de la ciencia o el estudio de la obra de Dios en la naturaleza dará lugar a la adoración. Lo esencial es el conocimiento de Dios mismo, revelado en Cristo.

Después de la adoración viene el *servicio*, el resultado de la actividad en gracia del amor divino en los corazones de los creyentes, que los lleva a muchas obras para la gloria de Dios y el bien de las almas.

Pero no nos equivoquemos, la esencia del verdadero servicio, aunque se emprenda para el bien de los demás, es *para satisfacer al Señor Jesús y está puesto bajo su guía*.

En el servicio, nuestro único motivo debería ser complacer al Señor, quien se ha convertido en nuestro gran Modelo. Hablando del Padre, dijo: «Hago siempre las cosas que le agradan» (Juan 8:29). No basta con hacer cosas buenas; si se hacen con un motivo malo, son malas a los ojos del cielo.

Incluso con un buen motivo, no basta con actuar por iniciativa propia para hacer lo

que creemos que es correcto. Un hombre empleado en un taller puede ser un buen obrero, pero un pobre siervo. Si es terco e independiente, siempre irá en contra de los deseos de su jefe y causará un sinfín de problemas. Una vez más, el Señor Jesús se nos presenta como nuestro Modelo, diciendo: «Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió, y acabar su obra» (Juan 4:34). Por lo tanto, el servicio no es simplemente un trabajo, o incluso un buen trabajo como la mayoría de las actividades cristianas escriturales, sino más bien una actividad que está bajo la dirección del Señor.

Juan 12:1-9 nos da una excelente ilustración del servicio y de la adoración. «Marta servía». Hubo mucho trabajo para esa cena, muchos se beneficiaron de ella, pero ella lo hizo *para él*. «Le hicieron allí una cena». Fue un verdadero servicio hecho con un corazón agradecido hacia Aquel que había sacado a su hermano de la tumba.

Lázaro estaba «a la mesa *con él*». Es un tipo de esta comunión con el Maestro que es la única que da al servicio o al culto su razón y su carácter.

María tomó el nardo puro de gran precio y ungió los pies de Jesús. Ella lo derramó todo *sobre él*. Fue el impulso de un corazón focalizado en Cristo, aunque el olor del perfume llenara la casa. La alabanza del corazón lo perfuma todo.

El Padre busca adoradores (Juan 4:23). El Señor necesita siervos (2 Tim. 2:1-7). ¡Que podamos cumplir con estos dos deseos!

1 - Hablando de culto, ¿habla usted de su forma de culto en relación con la de los demás?

No, no tenemos una forma de adoración, aunque otros sí. En el pasado, Dios les dio a los judíos lo que podríamos llamar una «forma de culto». Pero era un ceremonial nacional que Dios aceptaba si se practicaba de corazón. Desgraciadamente, no fue así, y Jehová pronto tuvo que decir: «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano» (Deut. 5:11).

Pero la dispensación de las sombras ha pasado y la realidad ha llegado. El culto cristiano no es nacional; no es simplemente una cuestión de cosas que se deben recitar; no se compone de ceremonias y observancias. El culto no puede limitarse a las formas, como tampoco el vino nuevo puede guardarse en odres viejos. Esto ha sido probado muchas veces, incluso por verdaderos creyentes que vuelven una y otra

vez, en sus pensamientos y entendimiento, a los días anteriores al cristianismo. Así que, o bien se mantiene el verdadero culto, y las formas se descartan y desaparecen, o son las formas las que toman el lugar del verdadero culto y entonces no se adora a Dios como conviene.

2 - ¿Existe una diferencia tan grande entre el culto y el servicio? ¿No deberíamos adorar a Dios cuando hacemos un servicio?

Hay una diferencia muy clara. Pero, así como hablamos de «culto» y no de «forma de culto», hablamos de «servicio» y no de «un servicio». El hecho es que, en la mente de muchos, el tema es tan oscuro y confuso que no queda ninguna idea escrituraria clara.

Hemos oído de un pastor que dijo un domingo por la mañana, «Comencemos el culto de Dios Todopoderoso cantando el himno:

”Venid, pobres pecadores necesitados,
Débiles y heridos, enfermos y dolientes”.

Para él, obviamente, «culto» significaba todo tipo de reuniones cristianas. ¡Pero no es así! El pastor puede tener un verdadero servicio para el Señor al celebrar una reunión para la edificación de los creyentes o la conversión de los pecadores. El culto no es un servicio para los oyentes, y no es un culto ni para el pastor ni para el oyente. La adoración no es escuchar o predicar sermones, rezar o cantar himnos de llamado. Consiste en una oleada de adoración que se eleva desde un alma redimida a Dios.

3 - ¿El culto y el servicio son el privilegio de una clase particular o pueden participar todos los cristianos?

Cada cristiano es tanto un sacerdote como un siervo. Por ejemplo, leemos: «Vosotros también, como... un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo» (1 Pe. 2:5).

«Pero vosotros sois... sacerdocio real... para que anunciéis las virtudes del que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable» (1 Pe. 2:9).

Estas palabras no fueron escritas para el clero sino para los cristianos. Todos son un santo sacerdocio y todos son un sacerdocio real. ¡Anotemos sus actividades! En un caso, *ofrecen* sacrificios espirituales a Dios, y eso es el culto. En el otro, proclaman las virtudes de Dios, es el servicio.

En relación con el servicio, es cierto que no todos los cristianos tienen un don según 1 Corintios 12, o no son evangelistas, pastores o maestros según Efesios 4. Sin embargo, todo cristiano puede servir según Romanos 12. Si no puede profetizar o enseñar, puede mostrar hospitalidad o misericordia; puede bendecir a sus perseguidores, o llorar en simpatía con los que lloran, y así «servir al Señor».

4 - ¿Se requieren algunas cualidades especiales para que se pueda adorar o servir a Dios apropiadamente?

En cuanto al culto, Hebreos 10:19-22 habla de tener «plena libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesús», y se nos exhorta a acercarnos con «un corazón sincero, en plena certidumbre de fe». Estas son dos condiciones importantes. La fe debe estar en ejercicio, para que haya una total seguridad basada en la obra de Cristo, sin la sombra de la duda o del temor. Un corazón verdadero indica una sinceridad y transparencia que resulta de una conciencia delicada y de un juicio propio.

En cuanto al servicio, en Hechos 20:17-35, vemos a uno de los más eminentes siervos de Cristo revisando su carrera. Nuestro servicio puede ser insignificante, pero lo que ha marcado al apóstol debe caracterizarnos. He aquí algunos de sus rasgos: «con toda humildad»; con «lágrimas» –profundidad del ejercicio; «no hago ningún caso de mi vida» –seguridad de alma; «No he codiciado la plata, ni el oro ni los vestidos de nadie» –estricta rectitud ante el mundo; «en todo os mostré» –la práctica de lo que se predica. Estas son cualidades importantes, ciertamente.

5 - ¿Qué aconsejar a una persona recién convertida que desea servir al Señor?

Animamos a todos los jóvenes creyentes a servir al Señor simplemente haciendo lo que está a mano, guiados por el Señor. “Hacer lo que está a mano” es un lema saludable, mientras que, en general, es realmente lo que *no* queremos hacer.

Hace muchos años, una joven fue marcada por la lectura de un periódico nombrado «La llamada de China para el Evangelio». Durante diez años rezó al Señor para que la enviara a China, pero no se hizo realidad.

Entonces se produjo un cambio en ella, y llegó a la conclusión de que había cometido un error y que el plan del Señor para ella era ser una misionera en su cocina. Inmediatamente su oración se convirtió en: «Hazme querer ser misionera para ti en mi cocina», y el Señor respondió a esta oración.

Solo entonces conoció a un siervo del Señor que, al escuchar su historia, la ayudó a ir finalmente a China.

Durante diez años había aspirado a algo grande, sin descuidar las cosas pequeñas, como lo demostró su vida de piedad. Pero fue cuando finalmente quiso aceptar las *muy pequeñas cosas*, como brillar para el Señor en el estrecho círculo de una cocina, *que el Señor la envió a un servicio muy bendecido en China.*

¡Cómo se multiplican estos servicios en todas partes!

«El que es fiel en lo muy poco, también en lo mucho es fiel» (Lucas 16:10).